

José Antonio Suárez

MURMULLOS EN EL CIELO



José Antonio Suárez

Murmullos en el cielo

SINOPSIS

Después de una guerra de desgaste que dura ya tres años, la resistencia del viejo continente intenta organizarse y planea un contraataque fulminante para anular al ejército estadounidense.

David Brell, expulsado de Los Ángeles a raíz de la aplicación de las nuevas leyes americanas de extranjería, aterriza en Aurora, incipiente metrópoli afincada en el corazón de la selva boliviana, para trabajar en un bufete de abogados. Uno de sus compañeros le venderá una vieja radio alemana por un precio simbólico. Sólo quedan cinco unidades como ella en todo el mundo, y en su interior se oculta una tecnología revolucionaria que terceras personas están muy interesadas en conseguir.

Su adquisición cambiará radicalmente la vida de David y su familia. Y quizás el destino del mundo entero.

CAPÍTULO 1

LAS JUNTAS DEL ANTICUADO BOEING 747 DE LAS líneas aéreas bolivianas crujieron con un sonido espantoso al adentrarse en una bolsa de altas presiones. David Brell miró con inquietud por la ventanilla. Estaba mareándose, y la ensalada de pepinos y aguacate que se había tomado en La Paz antes de embarcar estaba mostrando sus efectos retardados en el peor momento. Un eructo con sabor a pepino ascendió por su garganta en el instante en que el cuerpo del avión se zarandeaba.

—Lo siento —dijo a su mujer—. No he podido evitarlo.

Silvia no contestó. Estaba ensimismada en la lectura de un libro y no se había dado cuenta. Miró a su hijo: jugaba con un puzle tridimensional, una especie de calavera de huesos movibles. David los contempló con envidia. Aquel cascarón podría desintegrarse en mil pedazos, y ellos ni siquiera se inmutarían.

—Teo, no me gusta que juegues con esa calavera —le advirtió a su hijo—. Es siniestra.

—Me la compraste tú mismo, papá —dijo el muchacho, sin levantar la vista del juguete.

—No es cierto, yo no te compraría una cosa así. Vamos, escóndela. Me pone nervioso.

Teo abandonó el juguete un rato, pero no tardó mucho en volverlo a coger. Las piezas estaban hechas de plástico duro imitación hueso. El sonido que producían al moverlas era tan insoportable como el claqueteo de una dentadura postiza mal encajada.

David trató de relajarse. Faltaba sólo media hora para que el avión aterrizase en el aeropuerto de Aurora. En el horizonte se divisaban oscuros nubarrones y las primeras gotas de lluvia salpicaban el cristal de la ventanilla. A lo lejos surgió un fogonazo de luz. David se puso a contar en silencio, hasta que a los seis segundos escuchó el trueno. Pronto estarían en mitad de la tormenta.

— ¿De qué trata ese libro? —le preguntó a su mujer—. Llevas leyéndolo desde que despegamos de La Paz.

—De como sobrevivir a un accidente de avión —murmuró ella. Silvia tenía un sentido del humor bastante ácido.

David levantó la portada del libro. *El Nuevo Orden*, una colección de ensayos sobre el presidente Cantwell. Dirigió a su mujer una mirada de reproche.

—No deberías leer eso —dijo.

—No leas eso, no juegues con aquello —Silvia dejó el libro abierto sobre su regazo—. ¿Qué te ocurre?

— ¿Veis lo que se avecina? —David señaló la ventanilla—. Yo aquí me muerdo las uñas y vosotros como si nada. Debería haber hecho el viaje en tren.

—Imposible, te esperan en el bufete mañana a las ocho. En tren no habríamos llegado hasta el miércoles. Además, viajando en las líneas aéreas bolivianas nos hemos ahorrado cincuenta dólares cada uno.

—Sí, he de reconocer que son unos precios muy competitivos. Con mecánicos eventuales, piezas de repuesto usadas y una flota de ataúdes volantes de más de treinta años de antigüedad, yo también regalaría los pasajes.

—Lo he conseguido —suspiró Teo—. Mamá, he vuelto a reconstruir a Óscar.

—Vuelve a meter a Óscar en la bolsa, cariño —le aconsejó Silvia—. Creo que a tu padre no le gustan las

calaveras. Quizás le recuerdan que no es inmortal —añadió con un rictus sardónico.

—Tú tampoco lo eres —David limpió el vapor de agua que estaba empañando la ventanilla—. Y trivializar acerca de la muerte me parece un acto irreverente —señaló la ventanilla—. Observa: el cristal no es hermético, tiene filtraciones a través las juntas. Podría producirse una descompresión y...

—Lo he hecho en menos de treinta movimientos —dijo Teo—. Mis amigos se morirán de rabia cuando lo cuente.

Hubo otro relámpago. El trueno reverberó en el interior del avión un par de segundos después. En el techo se escuchó claramente un golpeteo extraño, como si alguien estuviese arañando el metal por fuera.

—¿Qué es eso? —exclamó David.

—Sólo una tormenta de granizo —dijo Silvia.

El avión sufrió una fuerte convulsión. Las mascarillas de emergencia que había en la parte superior de los asientos se desprendieron de su sujeción. David dio un brinco en el asiento, pero se avergonzó al notar que Teo y Silvia le estaban mirando.

Cerró los ojos. Recordó su casa al otro lado del Atlántico, en el remoto Madrid; recordó a sus padres, los buenos momentos de su niñez, su vida de universitario. Lo que daría por volver, por encontrarse de nuevo con los suyos y no en aquel avión infecto, cuyo comandante tenía las trazas de haber conseguido el título de piloto en una tómbola.

Pero aunque se hubiese quedado en Madrid no habría corrido una suerte mejor, se consoló. Allí sólo le aguardaba la guerra y el hambre. Él tuvo la suerte de que el inicio de las hostilidades le sorprendió en Los Ángeles, donde trabajaba como asesor de una compañía naviera. Tras la invasión americana, la resistencia libró una batalla feroz

contra las fuerzas de ocupación, que habían causado ya más de dos millones de muertos en tres años de contienda. Francia, Italia, Grecia y España todavía luchaban, pero David sabía que era una batalla perdida. A la larga, también sucumbirían, como lo habían hecho la mayoría de las naciones europeas.

Al menos en Sudamérica no había guerra. Los países hispanoamericanos, forzados a vivir en una economía destrozada por la miseria crónica, se vieron incapaces de contener una hegemonía que sabían inevitable y no pusieron demasiados impedimentos para entrar en la federación americana. Tras el golpe de estado del presidente Cantwell y el ataque con misiles tácticos a La Habana, se firmaron acuerdos con la mayoría de países latinoamericanos. Los gobernantes que transigieron a tiempo pudieron salvar sus vidas y ocuparon puestos menores en la nueva administración federal. En cambio, los que opusieron resistencia fueron sumariamente ejecutados para que sirviese de ejemplo. El inglés era obligatorio en las escuelas, además de ser la única lengua oficial de los países federados, y el uso de otros idiomas estaba castigado con pena de cárcel. Se habían suprimido los himnos y enseñas locales y la bandera americana ondeaba en todos los edificios públicos. Hasta el casco del Boeing llevaba pintadas las barras y estrellas encima del emblema boliviano, que los técnicos de mantenimiento habían tenido que raspar con espátulas para evitar problemas con la policía federal.

David abrió los ojos. Un pasajero, presa de un ataque de histeria, corría por el pasillo seguido de dos azafatas que trataban de capturarle. El individuo se parapetó tras un carro de servicio y empezó a arrojar platos, cucharas y bollos de crema. Uno de los cubiertos fue a estrellarse contra una ventanilla del avión, en una plaza donde afortunadamente no había nadie. David contemplaba

horrorizado el espectáculo, imaginándose a un centenar de pasajeros succionados por el aire y el avión precipitándose al vacío.

Las azafatas consiguieron reducir al sujeto, que agitaba los brazos y gritaba desaforadamente. Los restos de la tormenta de granizo repiqueteaban en el casco como las garras de un águila descomunal que hubiese hecho presa en el Boeing. David engulló un par de tranquilizantes y suspiró hondo. Teo observaba divertido la escena, mientras su madre regresaba al libro sobre Cantwell. ¿Por qué Silvia perdía el tiempo en aquella basura? Ella era inglesa, había sufrido en sus propias carnes la invasión, y sin embargo leía un libro de propaganda gubernamental. Tras quince años de casados, todavía no comprendía a su mujer.

Anotó mentalmente que debía indagar más adelante sobre aquella cuestión. En los tiempos que corrían no se podía estar seguro en ningún sitio. Su mujer jamás había dado muestras de una especial simpatía hacia el partido del gobierno, pero el hecho de que estuviese leyendo aquel libro resultaba inquietante. La posibilidad de ser denunciado por su propia mujer no era descabellada. David conocía casos en los que uno de los cónyuges acababa en comisaría delatado por el otro o por alguien de su familia, como venganza tras una disputa familiar.

Observó de reojo a Teo. Con sólo doce años debía estudiar asignaturas tales como economía planificada de mercado o capitalismo integral. Cantwell y su partido habían redefinido estos conceptos, que se difundían machaconamente en la escuela para empapar a los jóvenes hasta la médula con su nueva ideología.

Adormilado por las pastillas, apenas advirtió que el avión iniciaba la maniobra de descenso. Estaba anocheciendo. Las luces del aeropuerto de Aurora le daban la bienvenida en mitad de un fuerte chaparrón.

La sacudida del aparato al tocar la pista acabó desperezándole. David se asomó por la ventanilla y comprobó que efectivamente estaban de nuevo en tierra, sanos y salvos. Bueno, el viaje podría haber sido peor, suspiró.

No encontraron a nadie del bufete de abogados en la sala de espera, así que se trasladaron en taxi a un hotel de la periferia, no muy lejos del aeropuerto. La red de alcantarillado dejaba mucho que desear y las calles estaban anegadas por el agua. El taxista, un indígena de piel acaramelada que chapurreaba espanglés tan mal como conducía, les vio cara de extranjeros ricos y les cobró doble. Pero David no lo era, si fuese rico no habría venido a trabajar a Aurora, una remota ciudad levantada en pleno corazón de la selva boliviana. Hace diez años no había allí más que un pequeño pueblo de mil habitantes; en la actualidad vivían en ella medio millón de almas y era un importante foco de negocios en expansión. Las principales industrias de la Unión americana tenían allí plantas de producción o delegaciones, como Ford, Darrell Corporation, Coca Cola, Crame Industries o General Motors. Aunque una ley del Congreso obligaba a las empresas a invertir parte de sus beneficios en bonos de guerra, el Estado federado de Bolivia ofrecía interesantes incentivos a las empresas para que se afincasen en su suelo, y el ahorro era lo bastante tentador para que mereciese la pena establecerse allí.

El hotel era un edificio de construcción reciente, pero su aspecto interior resultaba siniestro. Las lluvias y la mala calidad de los materiales habían ocasionado abundantes filtraciones en su estructura, y el olor a humedad calaba los huesos. David no se sentía con ánimos de llamar otro taxi. La densa cortina de lluvia no dejaba ver la acera de enfrente, y tampoco había garantías de que el resto de los hoteles de Aurora estuvieran en mejor estado.

Nadie que tuviese dinero dormiría en un sitio como aquél. Habían sido diseñados para alojar a los primeros colonos, en los tiempos en que las máquinas se hacían paso en la selva para construir la ciudad. Hoy, la población original era lo bastante rica para tener sus propias casas en barrios residenciales, y los hoteles que seguían en pie se habían quedado para alojar gente de paso.

Al abrir la puerta de la habitación, David tuvo varios motivos más para arrepentirse de haber iniciado aquel viaje. La pintura de las paredes estaba blanda como el barro. Presionó con el dedo y la huella se quedó marcada junto al interruptor de la luz. Silvia corrió a cerrar la ventana del balcón: estaba abierta de par en par y la lluvia salpicaba la colcha de la cama. Hubo que cambiar las sábanas.

— ¿Habrà agua caliente, o sería demasiado pedir? — dijo David, pasando al lavabo.

Era demasiado pedir, y el aspecto del agua que surgió por el grifo no invitaba precisamente a bebérsela. Adiós a su idea de relajarse con una ducha.

—Debieron construir este hotelucho con lo que les sobró de otras obras.

—Vamos, Dave, seguro que has dormido en sitios peores —Silvia se puso a deshacer el equipaje.

—Quizá, pero no los recuerdo.

Teo encontró un insecto al pie de la cama. Parecía una araña translúcida, con el torso alargado y un par de antenas enormes. Su padre lo aplastó de un zapatazo en cuanto lo vio.

—Ten cuidado con los bichos —le advirtió a su hijo—. La mayoría de los que hay por esta región son peligrosos.

—No asustes al chico —dijo Silvia—. Sólo era una araña inofensiva.

— ¿Dónde has visto que una araña tenga unas antenas así? —David se quedó mirando la figura aplastada—. Es

repugnante —añadió.

—Tu padre no soporta los insectos —declaró ella—. No le hagas caso, Teo; sólo son animales, y cada uno tiene sus propios asuntos de qué ocuparse. No les incordies y ellos no te incordiarán.

—Permíteme que discrepe, querida —David se quitó los calcetines, estrujándolos sobre el deslucido suelo de madera—. Para muchos de ellos, nosotros somos *sus* asuntos. Los mosquitos, por ejemplo —sacó un tubo de pomada y se lo entregó a Teo—. Si quieres dormir esta noche sin que te pongan la cara como una pizza, úntate bien con esto.

—Pero pican sin mala intención —Teo aceptó la crema, vacilante—. Quiero decir, que no tienen otra opción para sobrevivir.

—Cualquier animal, inteligente o no, que se alimente de chupar la sangre a los demás es tu enemigo. Las motivaciones no importan.

—Entonces, tú deberías ser mi enemigo —respondió enigmáticamente el niño.

—No te entiendo —David alzó las cejas, perplejo.

—Mamá dice que los abogados vivís de chupar la sangre a los demás.

—Tu madre no debería hablar así de quien trae el pan a casa —David buscó a su mujer. Se había ido a la habitación contigua para preparar la cama a Teo y eludir su ofensiva.

—También dice que os aprovecháis de las desgracias ajenas para hacer dinero.

La franqueza de su hijo empezaba a resultar molesta. David se quitó el otro calcetín y lo estrujó hasta que dejó de gotear.

—Teo, conforme vayas creciendo descubrirás que el mundo no es el paraíso y sus habitantes tampoco son arcángeles. La mayoría de la gente no se contenta con ocuparse de sus propios asuntos; desgraciadamente, también quieren meterse en los de los demás, y cuando eso sucede se produce un conflicto. La justicia es demasiado compleja y los ciudadanos necesitan alguien que les asesore y sirva de intermediario para relacionarse con el tribunal. Hay miles de normas y el hombre de a pie no tiene por qué conocerlas todas. Para eso estamos nosotros, los abogados. Si...

—Si no hubiera malas gentes, no habría buenos abogados —apostilló Silvia desde la habitación contigua—. Dickens.

—Esencialmente correcto —admitió él—. Muchos gallos no se conforman con su propio corral, y pretenden invadir el ajeno. Un pleito es un conflicto entre gallos en el que cada uno asegura tener razón. Mi trabajo consiste en impedir que diriman sus conflictos a picotazos. A mí y a mis colegas nos pagan para que peleemos por ellos de un modo civilizado.

—Y bastante caro —añadió su mujer.

—Los buenos púgiles no se venden por cuatro cuartos. Para ganar se precisan conocimientos técnicos y dosis considerables de astucia. Como en una pelea, Teo, debes estudiar a tu enemigo. Primero consigues toda la información que te sea posible sobre él, y luego le atacas en sus puntos débiles. La vida es una lucha constante, y la civilización sólo sofistica los procedimientos. Algún día, cuando seas mayor, lo comprenderás.

Teo le escuchaba atentamente, con una fascinación que raramente se producía entre hijo y padre. David, orgulloso de haber acaparado su atención, prosiguió su didáctica charla:

—Antes se ganaban batallas a base de fuerza bruta. Ahora, puedes vencer sin moverte de la silla y ganar mucho más dinero. Si no estudias, Teo, serás un don nadie y cualquiera te podrá avasallar. Los perezosos se quedan para barrer las calles y realizar los trabajos que no quieren los demás —hizo una pausa—. Eso me recuerda que mañana tenemos que ir a arreglar tu inscripción en la escuela. Hablé telefónicamente con la directora para concertar una cita. No creo que haya ningún problema.

Silvia salió del otro dormitorio y rodeó a su marido por la cintura.

—Estoy hambrienta. ¿Qué tal si comemos algo?

—No te acerques demasiado, porque todavía no he cenado y huelo a sangre —David la arrojó sobre la cama y la mordisqueó cariñosamente—. Pediré unos bocadillos a recepción antes que mi voracidad se despierte.

— ¿Tienes papel y lápiz a mano? Tengo que anotar la frase que dijiste antes, "la civilización sólo sofisticó los procedimientos", me gusta —Silvia hizo una mueca irónica—. ¿Me dejas utilizarla? Voy a matricularme en un taller literario.

—Otro consejo para el futuro, Teo: no te cases con una mujer más inteligente que tú. Te manejará como a un trapo y tendrás que plegarte a todos sus deseos —volviéndose a su esposa, añadió—: Ya sabes lo que opino de los talleres literarios. Son un pasatiempo decadente para mentes ociosas.

—No voy a estar ociosa —dijo ella—. Trabajaré. Nunca te he pedido un centavo para mis caprichos, y tú lo sabes.

—Vaya, al menos reconoces que es un capricho.

—Soy consciente de que en esta región hay cosas mucho más necesarias que hacer por la gente que recibir clases de estilo.

—Mmm. No sé cómo interpretar eso.

David recelaba de su esposa. Cuando le entraba la vena solidaria, era imprevisible. Y peligrosa para su depauperada economía doméstica. Trató de leer en sus ojos los proyectos secretos que ocupaban su mente. No lo consiguió, pero no necesitaba mirarla para saber que costaría un buen montón de dinero.

—Tengo mis propios ahorros —dijo ella, previendo el curso de sus sospechas.

—No he dicho nada.

—No lo has dicho, pero lo piensas.

—Estoy demasiado cansado para hablar de eso. Incluso estoy demasiado cansado para pensar —David se tendió en la cama y flexionó con dolor sus articulaciones, como prueba de que no mentía—. Cuando viajo en avión es como si me diesen una paliza.

— ¿Y qué hay de la cena?

—No tengo hambre. Baja tú y Teo a tomar algo. Yo me quedaré aquí a descansar.

David todavía recordaba el fiasco con la tienda de muebles usados que montó su esposa mientras vivían en Los Ángeles, antes de que el decreto de extranjería de Cantwell les obligase a abandonar los Estados Unidos.

Silvia abrió un bolso de viaje. Había comprado en La Paz unos bocadillos, previendo que no les diesen de cenar en el avión.

—Bueno, ya que no tienes hambre, nos comeremos el tuyo —dijo su mujer, retirando el papel de aluminio.

David cerró los ojos. Continuaba viendo la sala de embarque del aeropuerto, el ajetreo de las maletas y los pasajeros subiendo a bordo. Lo mismo le sucedía cuando tenía que conducir largo rato. Aún con los ojos cerrados seguía viendo coches por la autopista, residuos grabados en su retina cuya imagen persistía durante horas.

Solo que en esta ocasión, además de ver imágenes estaba escuchado el ruido de los reactores.

Por desgracia, no eran imaginaciones suyas. Los cristales de la habitación vibraban a causa de un avión mercante que estaba sobrevolando el hotel, a una altura arriesgada para los corazones de sus ocasionales huéspedes. ¿Podría ir algo peor aquel día? Prefirió no pensar en ello. Sus ideas más retorcidas tenían una odiosa tendencia a cumplirse.

El sonido de Teo y Silvia masticando los bocadillos disparó sus jugos gástricos. En realidad, había sido una estupidez rechazar el que le correspondía, pero Teo ya debía estar contando con comérselo y no iba a quitárselo ahora. En fin, el chico tenía que crecer.

Se tapó con la sábana y les dio la espalda, esperando que el día siguiente tuviese mejor suerte. Iba a necesitarla.